

JACKSON, George

Soledad Brother:

Cartas de prisión

Monte Avila Editores, C. A.
Caracas, 1972

GEORGE JACKSON: Nuevo

Un convenio de edición, entre Monte Avila Editores de Caracas y Barral Editores de Barcelona, nos hace llegar ahora en castellano las cartas escritas desde la prisión por George Jackson. La patética fuerza comunicativa de este documento no queda empañada por la traducción, a veces bastante defectuosa.

Con razón asegura Jean Genet en la introducción de esta obra: "Muchos podrían sorprenderse al advertir que la narrativa epistolar es, todavía, capaz de proporcionarnos una forma resueltamente moderna de expresión; aun si sólo yuxtaponemos (una después de otra) cierto número de cartas de George Jackson, obtendremos un impactante poema de amor y de combate." Y es que, como se ha solido decir ya hasta el tópico, "escribir no es problema literario, sino problema vital". Camus lo señalaba certeramente en uno de los tomos de sus *Carnets* traducidos por Losada de Buenos Aires: "El problema está en adquirir un conocimiento de la vida (o más bien haber vivido) que va más allá de la mera habilidad para escribir. Por eso, en resumidas cuentas, el gran artista es primero y ante todo un hombre con gran experiencia de la vida, y doy por supuesto en este contexto que ese vivir también implica necesariamente el pensar acerca de la vida, que el más auténtico vivir radica, en efecto, en esa sutil relación entre la propia experiencia y el reconocimiento consciente de ella."

Para llegar a ese reconocimiento consciente de la propia experiencia es necesaria la reflexión, el aislamiento, la soledad y el compromiso pleno con el mundo circundante. A veces, también, el dolor. George Jackson escribe su literatura excepcional a partir de esos presupuestos en los que se vio inmerso, aun a su pesar. Desde la cárcel, precisamente desde la cárcel, Jackson nos ofrece en estas cartas excepcionales su itinerario espiritual. Poco importa la forma técnica escogida en la exposición de la propia experiencia. Lo que interesa es esa misma experiencia, la reflexión consciente sobre esa experiencia, la profundización en ella —como aseguraba Camus—. Y así se llega, para dar la razón a Genet, a una narrativa epistolar "capaz de proporcionarnos una forma resueltamente moderna de expresión". Desde la prisión de Soledad, en el Estado de California, George Jackson nos hace llegar su angustioso mensaje de indignación, dolor, aislamiento e impotencia.

MALDITA LITERATURA

¿Para qué vale la literatura cuando el hombre muere, cuando al hombre se le asesina, cuando la persona humana es pisoteada por la persona humana, cuando el hambre, el frío, la desnutrición, la enfermedad, el analfabetismo, la amenaza nuclear, la contaminación del aire, del agua...? ¿Qué sentido tiene, en este contexto, seguir preocupándose por insignificantes problemas de literatura? Blas de Otero lo comprendía bien: y paradójicamente, a partir de esta conciencia angustiosa, escribió toda su mejor literatura.

JUAN
JOSE
COY

nombre para una letanía antigua

“Aquí tenéis, en canto y alma, al hombre aquel que amó, vivió, murió por dentro y un buen día bajó a la calle: entonces comprendió: y rompió todos sus versos.”

El proceso de comprensión de George Jackson es muy parecido a éste. Una serie de círculos concéntricos se van cerrando sobre esta existencia increíble: su propia condición humana, su condición de negro, su negritud precisamente en los Estados Unidos, el ghetto dentro de la ciudad, la cárcel dentro de un Estado, una celda dentro de la cárcel. Soledad Brother es el testimonio elocuente de este proceso, llevado a una situación-límite. Límite, pero desgraciadamente frecuente. La frecuencia de estas situaciones-límite es, en definitiva, la raíz misma de los disturbios raciales en los Estados Unidos, de la inestabilidad política, económica y social en la América Latina, de la guerrilla rural o urbana, de la represión política, de los estados policíacos, del desorden legalmente establecido, de la violencia en cualquiera de sus formas. Para quien está bien alimentado, para quien da por supuestos sus privilegios sociales, para quien goza de seguridad, buena posición y una cierta cultura, todos los extremismos son injustificables. Los poderosos de este mundo, con su insensibilidad criminal, fomentan en definitiva esa violencia, se rasgan las vestiduras farisaicamente. Maldita sea todo aquella literatura que no contribuya, de una forma u otra, a convertir la condición humana en menos inhumana.

LITERATURA MALDITA

No se busca el juego de palabras, sino la concisión expresiva: suele convertirse en literatura maldita aquella parcela literaria que no es maldita literatura. En 1960, es decir, a los diecinueve años, George Jackson fue encarcelado por robar setenta dólares en una gasolinera. Luego, la cadena consabida y característica, hasta el 21 de agosto de 1971, en que Jackson fue abatido a tiros en circunstancias que seguramente permanecerán en el mismo oscuro misterio en que permanecen miles de casos más, muy parecidos. Porque el molde, poco más o menos, viene repitiéndose de manera sorprendente.

La trágica odisea de este hombre queda descrita en estas cartas, documento estremecedor comparable a los que nos han llegado de Auschwitz, Maidanek, Treblinka, Buchenald, Mathausen, Belzec, Sobibor, Chelmno, Ponary, Theresienstadt, Varsovia, Wilna, Skarzysko, Bergen-Belsen, Janow, Dora, Neuengamme, Pustkov. “Se ruega a todo judío que desee ahorcarse tenga la amabilidad de ponerse en la boca un trozo de papel con su nombre, a fin de que sepamos de quién se trata.” La jauría humana. Una persona, potenciada por un arma, se transforma: homo homini lupus.

George Jackson es víctima paradigmática de una nueva sociedad —ya muy antigua— que idolatriza la ley y el orden.

La ley y el orden que a ella le conviene, naturalmente. Y que está dispuesta a mantenerlos —porque tiene la fuerza para conseguirlo— aun a costa de eliminar a cuantos se les opongan. Si esa resistencia queda matizada por el factor racial, los resultados todos los conocemos. En otros lugares de este mismo siglo veinte, esa matización es nacionalista, o religiosa, o étnica, o clasista, o lingüística... las matizaciones poco importan. La represión siempre es la misma: disfrazada, desde luego, de guante blanco, jurídica. Porque quienes detentan el poder económico tienen también el militar, el policial, el religioso, el social... y el legal. El hombre en el poder siempre se justifica —o querría justificarse— dictando su propia ley. George Jackson define el fascismo de la siguiente forma: “un Estado policial, en donde el ascendiente político está vinculado a los intereses de la clase alta —caracterizada por su militarismo, racismo e imperialismo— y los protege”. No, no, que nadie se llame a engaño; el alegato de Jackson trasciende, no es estrictamente anti-norteamericano. Es mucho más profundo que todo eso. El alegato de George Jackson va en definitiva encaminado a la defensa de la condición humana. ¿Y en dónde no se pisotean los derechos de la persona humana? No seamos fariseos porque “aquí no hay negros”. Habrá indios, o gitanos, o pobres, o pecadores, o vencidos de una guerra civil, o indeseables, o exiliados, o trabajadores, o emigrantes carne de cañón, o extranjeros, o débiles. Es lo mismo, es muy poco más o menos lo mismo.

DERECHA, CENTRO, IZQUIERDA

La evolución del problema negro en los Estados Unidos es compleja y llega, en estas últimas décadas, a superar el simplista y tradicional marco derecha-centro-izquierda, desde el que se habían considerado tradicionalmente no sólo éste, sino los demás problemas políticos y socioeconómicos. La derecha segregacionista todos vemos a lo que conduce: cavernícolas que todavía siguen pensando en nombre de una ideología racista se puede llegar al atropello de la persona humana supuestamente inferior. Pero también ahora es necesario trascender: porque en otras latitudes hay cavernícolas que siguen pensando que en nombre de una ideología política, o social, o religiosa, se puede atropellar igualmente a la persona humana supuestamente peligrosa, heterodoxa, o inferior, apelando a dogmatismos de intransigencia y barbarie de índole, paralelamente, política, social o religiosa.

Ante la inoperancia, por otra parte, de posturas de centro o incluso ligeramente de izquierda, tradicionalmente liberales, ante la pervivencia parecería que indefinida de la injusticia, el abuso de poder impune, y el odio racial, el negro en los Estados Unidos rechaza abiertamente la integración. No le interesa ya la incorporación a una sociedad WASP (blanca, anglosajona, protestante, White, Anglo-Saxon, Protestant), cuyos valores rechaza. No acepta la estupidificante idolatrización del consumo como último bienestar al que poder aspirar. Aun las posturas blancas más abiertamente